



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, nº 1 (2005)

LEONARDO POLO

AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO

Quien haya estado mirando a la Universidad de Navarra desde fuera durante los últimos decenios -o sea, durante toda la vida de nuestra Universidad- se habrá quedado, sin duda, con muchas cosas; pero sobre todo, habrá identificado la institución con unos nombres.

Los nombres, es decir, las personas concretas, no son la institución, pues ésta no está hecha a su medida, de modo personalista. Pero los hombres sí son su vida, porque la Universidad de Navarra ha sido hecha -y sigue haciéndose- por personas concretas que luchan gozosamente por ser fieles a un querer divino, manifestado en el impulso fundacional del Beato Josemaría, que las lleva a trabajar y a esforzarse para que la Universidad sea una realidad permanente. Son hombres que unen su pasión por el saber -saber más; pero sobre todo saber mejor, saber lo que hay que saber-, con su pasión por enseñar, por hacer que ese conocimiento adquirido con esfuerzo llegue más fácilmente a otros, para que todos seamos mejores.

Naturalmente, cuando se trabaja así, se deja huella y el lugar donde se imparte la vida acaba identificándose con uno mismo.

Universidad de Navarra -Filosofía y Letras - Filosofía Leonardo Polo. Está escrito entre guiones porque es una secuencia unitaria. Claro que hay y hubo otros; se trabaja en equipo. Pero la Sección de Filosofía y la Universidad de Navarra estarán siempre unidas a Don Leonardo.

No en vano, Don Leonardo fue uno de los primeros profesores de la Facultad, de la recién estrenada Facultad en el entonces Estudio General de Navarra. Lo que por añadidura hace de Don Leonardo uno de los profesores más veteranos de nuestra Universidad.

¿Qué puede decirle la Universidad a quien es uno de sus protagonistas? Es algo así como si un hijo tuviera que contar a su padre la historia de la familia. ¿Qué puedo decirle, Don Leonardo, sino muchas gracias por su vida, por su trabajo, por su magisterio ... por todo lo que usted ya sabe seguramente mejor que nadie?

No puedo decirle a él mucho más, pero sí puedo decirles a ustedes algo de él, aunque también seguramente lo saben. No importa que hayamos escuchado ahora unas cuantas cosas, un retrato que caracteriza la persona y su vida, no obstante dejar tanta realidad fuera del papel y de la palabra.

Hemos escuchado, sí; pero me atrevo a insistir en algo más. Don Leonardo es un ejemplo señero del pensamiento. Yo me pregunto muchas veces -y se lo repito a mis alumnos- si un universitario no es sino uno que piensa. Que piensa cómo es la realidad, cómo debería ser, cómo se puede mejorar. Piensa y piensa mucho. En este sentido, Leonardo Polo es un tipo acabado de universitario, que está siempre pensando de modo inconformista.

Porque ese proceso mental tiene un objetivo, conocer la verdad. ¿Y qué es la verdad? La pregunta alcanza tintes de cinismo cuando los Pilatos del mundo la utilizan para imponer su propia y pequeña verdad, que por ello deja de serlo.

Las personas rectas, en cambio, se preguntan por la verdad de la realidad vital que saben que las aproxima a la otra Verdad, única y absoluta, que si se nos da por la fe, se nos resiste a la razón. Y es ese salto el que un filósofo, el que un universitario, tendría que acabar siendo capaz de dar. Eso creo yo es lo que Don Leonardo no deja de intentar.

Esa actividad pensativa, así orientada, exige coherencia, pide ser consecuente en los hechos con lo que se piensa y necesita de constancia. Son tres facetas, tres virtudes, que también adornan sobradamente la personalidad de Don Leonardo.

Pero no crean que todo su pensamiento, incluso la dificultad que el oyente experimenta para recogerlo cuando el Profesor lo expresa en voz baja -como pensando en alto, más que hablando- adjetivan a alguien aislado de este mundo. En modo alguno. Ya se han recordado aquí algunas de sus aficiones. Unas más antiguas, como la mecánica. El joven Polo, conductor de motos y de automóviles. El gusto por la velocidad parece que no se aviene con lo que normalmente entendemos por un hombre de letras.

Otras aficiones han durado más, como el dominó o el ajedrez. Hay que ganar, y eso es una cuestión práctica. En la Universidad de Navarra he aprendido una frase que no sé a quien se debe asignar: No hay nada más práctico que una buena teoría. Leonardo Polo es, una vez más, ejemplo de esa simbiosis entre teoría y práctica llevada también a elevados niveles. ¿Quién podría imaginarse, hace unos once años, es decir, antes de que existiese el hoy Instituto de Empresa y Humanismo, que a Don Leonardo podrían escucharle los empresarios? Pues no sólo le han escuchado con gusto, sino que le han buscado y deseado sus palabras sabedores de que la buena práctica empresarial exige algo más que una técnicas de gestión. Me atrevería a decir también que su fructífera intervención en los años fundacionales de Empresa y Humanismo, y su mayor acercamiento al mundo empresarial, le han servido a Leonardo Polo para profundizar aún más y explicarnos mejor unas cuantas realidades de nuestra antropología.

De alguna manera, se cierra un ciclo vital de pensamiento que va desde las más profundas especulaciones sobre el ser y el conocimiento, hasta el anclaje de lo filosófico en las realidades más prácticas. No se si el sentido práctico de este filósofo da la propia filosofía, es innato, o le debe también algo a la tradición jurídica en la que se desarrolló su primera formación.

Se dice a veces que los filósofos no tienen maestro. Ignoro si es así, o no, pero sí sé que Leonardo Polo tiene muchos discípulos. Aquí hay unos cuantos y a otros se los puede incluso encontrar en la calle. Hasta algunos empresarios le tienen por maestro.

¿Cómo se puede tener tanto éxito, podríamos preguntarnos irónicamente, siendo filósofo?

Lo contestaré con palabras de San Juan de la Cruz. Dijo el Santo poeta que:

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.

Como San Juan, Don Leonardo ha buscado, por encima de todo, al amor de sus amores, que sin duda es Dios, encontrado en la Filosofía y en la vida, en una imposible separación de los tres.

Con ese anhelo ha ido por los senderos de la vida con talante desprendido. Ha despreciado las flores del halago. Incluso ahora, cuando no tiene más remedio que escucharlas, ha tenido

que soportar algunas bromas que todos nos hemos permitido, abusando de su también incansable buen humor.

No ha temido las fieras de la crítica, del desdén, de la sonrisa irónica, incluso del olvido, a la que tan dados son los Pilatos de la vida. Y así, tras un caminar incansable, por un camino a veces áspero, pero también con árboles y flores, y frondosos sotos de verdura, ha cruzado las fronteras del conocimiento heredado y ha alcanzado las fortificaciones de la Verdad.

Don Leonardo, una vez más, y siempre muchas gracias.